



LA VIRGEN DE LA BELLA JARDINERA.

(CUADRO EN MÁLERA DE RAFAEL.)

**METASTASIO.**

Hace algunos años que leímos en un periódico francés el episodio que vamos á poner en conocimiento de los suscritores del SEMANARIO. Nos agradó por la hermosa lección que encierra, y en uno de esos momentos en que la imaginación necesita solaz y entretenimiento, y guardando siempre la idea del articulista francés, le tradujimos libremente, y ha permanecido en nuestra cartera hasta hoy que lo ofrece-

mos al digno é ilustrado Director del SEMANARIO para su inserción en dicho periódico.

I.

La época de nuestra historia es al comenzar el siglo decimotercero. El lugar de la escena, una ciudad de Italia.

Son las diez de la mañana, y en la esquina de una calle que desahoga en una anchurosa y magnífica plaza, se ve un grupo de personas que insensiblemente se va aumentando. En unos rostros se ve

15 DE MAYO DE 1833.

pintada la admiración; en otros la imbecilidad del que escucha sin entender lo que oye. Solo un personaje de edad avanzada, de rostro venerable, ornado de blanquíssimos cabellos y mirada viva y penetrante, da á conocer su entusiasmo por medio de un monólogo bastante animado.

El objeto de este entusiasmo era un pobre niño pálido, consumido por el hambre y la miseria, y cuya figura delgada y harapienta inspiraba compasión. Improvisaba versos sobre cualquier asunto para ganar un pedazo de pan, y con frecuencia levantaba sus ojos al cielo, y las lágrimas regaban sus mejillas. Entonces estrechaba la mano de un pobre ciego á quien acompañaba; y su canto era mas tierno, mas dulce, parecido á los suspiros de un alma que se eleva hasta el cielo por medio de la oración, para depositar los tesoros de su amor ante el trono del Omnipotente.

En uno de estos momentos se encontraba el niño cuando lo hemos presentado á nuestros lectores.

El desconocido escuchaba con ávida murmurando:

—Diabli!... diabli!... esos versos son magníficos!

Ya habia sacado de su bolsillo algunas monedas y se disponia á colocarlas en la mano del niño, cuando el pequeño poeta, tomando una salvilla, recorrió la asamblea demandando alguna cosa en nombre del buen Dios, para él y su pobre padre ciego.

Entonces los curiosos se alejaron, y el chico no recibió ni un óbolo.

Solo quedó el desconocido, y le hizo señal para que se acercase.

—¿Cómo te llamas? le dijo.

—Pietro Trapassi, monseñor, para servirlos, contestó el muchacho.

—Pues bien, Pietro, si tú quieres improvisarme alguna cosa sobre el dolor de una reina abandonada por un príncipe que ella ha recibido en sus estados, le daré este puñado de monedas.

—Al instante, excelencia, replicó el niño: voy á cantaros las desgracias de Dido.

Las pocas cejas del anciano se arquearon extraordinariamente en señal de admiración.

—Oh!... oh!... exclamó estupefacto; este chico demuestra demasiada erudición para tan poca edad... Ya te escucho, Pietro.

El jóven Trapassi comenzó su improvisación sobre el tema señalado; pero sus versos rebosaban tanta ahuja y ternura, tanta poesía y entusiasmo, que el buen anciano derramando lágrimas de alegría corrió á él, y tomándole de la mano le dijo:

—Venid conmigo... Tú serás mi hijo: yo tengo necesidad de tí. Nosotros compondremos versos reunidos, y yo espero que algun día tu nombre unido al mio le dará gloria y honra.

É impulsaba á Trapassi para que le siguiera.

El chico se resistía diciendo:

—Pero, excelencia, ¿y el pobre ciego?...

—¿Tu padre?

—Mi padre nó, pero el que tengo en lugar de tal. Yo no puedo abandonarlo.

—Bien, hijo, muy bien, replicó el anciano enternecido. Yo cuidaré de él. En cuanto á tí, quiero que llegues á ser uno de los poetas mas célebres de Italia.

Y segun lo del jóven se perdió entre la multitud que llenaba la anchura plaza.

## II.

Como una hora antes de la en que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir, y por una de las principales calles de la ciudad, corría presuroso un hombre de pequeña estatura, cabello rojo, ojo vivo y sonrisa maligna.

Por su paso daba á conocer su impaciencia, hasta que entrando en una casa de buen aspecto párase en el umbral para enjugarse el sudor que en gruesas gotas corría por su frente. Hecho esto, ascendió por una ancha y cómoda escalera, y se encontró en un vestibulo donde esperaban multitud de personas.

Aquella casa era la del señor Gravini, uno de los jurisconsultos mas célebres de Italia en aquella época: las personas que esperaban, sus clientes; y el hombre de cabello rojo que acababa de entrar, el barbero del abogado, que atravesando impávido por entre aquella apañada masa de libigantes, abrió la mampara de cuero de Flandes que ocultaba la puerta del despacho del señor Gravini, y se perdió tras ella.

Gravini, á pesar de la aridez de sus estudios legislativos, cultivaba las artes y hacia poesías que no obtenian gran loga entre los aficionados; mas él no se desesperaba por esto: componia y rimaba con un infatigable ardor.

En la mañana de que vamos hablando debia hacer una defensa en el foro de mucho interés, y desde muy temprano se entregaba al desgraciado á la composicion de una oda detestable. Después de dos horas de trabajo, el pobre sudaba sangre y agua para hallar un consonante, en tanto que hemos visto á sus clientes aguardando impacientemente la apertura de la audiencia, de que tan poco se cuidaba el abogado.

En este momento fué cuando el barbero entreabriendo la puerta de su estudio, apareció bruscamente en el gabinete del sábio.

—Perdon, señor, dijo al entrar.

—¿Quién me interrumpe? dijo el señor Gravini con tono acre en el primer impulso de mal humor; pero reconociéndole, moderó su acento, que se hizo mas dulce. Ah! ¿eres tú, Zacharia!

—Si, yo, excelencia!

—Vete al diablo.

—Gracias, señor.

—Déjame tranquilo, te digo. Me has hecho perder un consonante... ¿y qué consonante, amigo mio!... veamos si lo recuerdas...

....y al escuchar mi nombre, el mundo entero,  
hinchado de entusiasmo... verdadero...

no, no, eso es muy común... entero... entero...

—¡Por Dios, señor Gravini!... ¡Y por tan poco os dáis esa pena!...

—¿Qué dices tú, desdichado?...

—La verdad, excelencia. Os dáis demasiado tormento por hacer versos, cuando todos los dias delante de mi tienda un chicuelo recita milares por un carlino.

—Tú estás loco.

—No, por mi alma, señor. Y si queréis, podéis escucharle tan bien como yo.

—En pues! acéntame al momento y después te seguiré.

—¿Y vuestros clientes que os esperan?

—Tanto peor para mis clientes.

Algunos minutos después salia el jurisconsulto envuelto en una ancha capá por una puerta de escape seguido del barbero.

Los clientes seguian impacientándose.

Nuestros lectores han visto ya el final de esta aventura. El anciano desconocido era Gravini.

## III.

El jurisconsulto cumplió su palabra.

Dió maestros á su hijo adoptivo, dirigió su educacion con el mayor esmero, y no perdonó por él ningún sacrificio.

Trapassi se desarrollaba mas y mas, y sus virtudes y sus talentos se descubrían rápidamente.

Gravini estaba satisfecho de su discípulo, y le amaba con ternura. Decia algunas veces riendo: «En poesia mi mas bella obra es Metastasio.» Este era el nombre sonoro que se complacia en dar á Pietro.

—Amigo mio, díjole un dia Gravini, ya estoy viejo, y yo no soy eterno. Poco tiempo me queda que vivir; escuchame pues. No tengo familia: por consiguiente te lego mi fortuna. Tú amas el trabajo, eres sábio, y tienes buen corazón. Continúa, amigo mio: sé siempre laborioso: tú tienes talento; aprovéchalo, Metastasio, y tu nombre será célebre.

Pocos dias después Gravini murió.

Trapassi lloró sobre el cadáver de su bienhechor, y siguió sus consejos. Adoptó en señal de reconocimiento el nombre de Metastasio que tanto plazca al viejo abogado; y bajo este nombre hizo sus primeros ensayos dramáticos, que tornaron un éxito prodigioso.

Sus contemporáneos le designaron con el sobrenombre del *Racine italiano*.

No tenia aun entonces años, cuando escribió su primer drama.

En medio de su fortuna, y sobre el trono de su gloria, Metastasio no olvidó jamás la oscuridad de su nacimiento y la miseria de sus primeros años. Adoraba los recuerdos de su vida pasada, y el nombre de Gravini arrancaba siempre una lágrima á sus ojos.

La carrera de Metastasio fué larga y brillante.

Murió en 1782 á la edad de ochenta y cuatro años.

La prediccion de Gravini recibió su cumplimiento.

*Virtud, trabajo, y perseverancia, han sido siempre la divisa de los que con fé quisieron emprender el camino de la gloria.*

FRANCISCO JAVIER COBOS.

## ÓRGANOS MECÁNICOS CON CILINDRO,

RELOJES ORGANIZADOS Y ÓRGANOS ESPRESIVOS, ETC.

(Conclusión.)

En el dia la poderosa diosa de la moda ha desterrado de la mayor parte de nuestros cafés los armoniosos relojes de música, que ya no se oyen sino en las horchaterías; ó mas bien, los oídos del público cansados de oír repetir siempre las mismas tocatas, prefieren los sonidos

mas variados de los pianos que tocados por hábiles profesores reemplazarán aquellos ingeniosos órganos. Sin embargo, cualquier inteligente en música instrumental convendrá en que los sonidos bellísimos y estrepitosos del piano, tan adecuados para aires de movimiento rápido y para acompañar la voz humana, jamás podrán sustituir sino imperfectamente las voces armoniosas y melancólicas del órgano en un adagio ó en una fuga; á no ser que se acompañen los sonidos no prolongados de las cuerdas de metal con un violín, un instrumento de viento, ó con la voz; y por esta razón pueden parecer inspidas y poco armoniosas á muchos oídos tantas introducciones de sinfonías, tantos cantos delicados en tiempos á aires lentos de *largo*, *grave* ó *adagio*, que nos encuentran ejecutándose en la orquesta. Entre los oyentes pretendidos dilettantes en música, que no desamparan los buenos pianos de nuestros cafés, se pueden notar muchos apasionados mas bien á la maravillosa destreza de los dedos de un hábil pianista, que no al mérito intrínseco de la pieza de música que ejecuta. La expresión del piano, en una palabra, nunca podrá ser comparable á la expresión de la voz ó de los instrumentos con sonidos prolongados, sostenidos, á menos que el génio feliz de algun maquinista constructor logre algun dia tocar á las cuerdas metálicas del instrumento de este último grado de perfección. Por esta razón inventaron los *claves* y *pianos organizados*, en que los teclados al arbitrio del jugador hacen oír sucesiva ó simultáneamente sonidos de cuerdas y de flautas; instrumentos deliciosos si pudieran conservarse aitados, que se usaron en varios cafés de París hácia mas de cuarenta años, y cuyo mecanismo se introdujo tambien en los relojes de música. Existió todavía un hermoso reloj de esta clase en el Real palacio de Aranjuez. Se abandonaron los pianos organizados por la imposibilidad de mantener su afinación el calor hace subir las voces de las flautas, al paso que hace bajar las cuerdas metálicas.

Con motivo de reemplazar en algun modo dichos instrumentos, yo habia imaginado desde el año de 1820 colocar debajo de un piano comun un pequeño órgano de tres octavas de flautas de madera (tapada la primera octava, abiertas las otras dos), cuya afinación se consigue en corto tiempo. Correspondiendo el pequeño teclado del organito á los tríplices del piano, la mano derecha del músico salta fácilmente de un teclado al otro, acompañando la mano izquierda con las cuerdas bajas del piano. En el año 1824 se manifestó este conjunto de dos instrumentos á la Real familia en un concierto, y durante los años 1825 hasta 1850, muchas personas habrán visto los efectos de esta disposicion, ya sea en la deliciosa casa de recreo de Vista Alegre antes que fuese posesion real, ó ya en algunos cafés de aquella época. Aunque la afinación de un juego de flautas de tres octavas, sustituyendo la flauta travesera comun, no exija sino muy poco tiempo, esta maniobra sin embargo puede fastidiar á los aficionados al piano, y por esta razon y á falta de constructores no se hizo caso de dicha disposicion. Pero después de la invencion de los órganos llamados *espresivos*, se resolvió en un modo satisfactorio el problema de union fraternal entre piano é instrumentos de viento. Todo el mundo conoce aquellos instrumentos juguetes llamados vulgarmente *harmónicas*, compuestos de una serie de chapitas ó lengüetas de latón que los niños se divierten en hacer sonar con la boca. Mas de treinta años hace que se vendian en París los primeros juguetes de esta clase, de forma circular, y no produciendo sino los tres ó cuatro sonidos del acorde perfecto. Tal era tambien la forma del nuevo *eromametra* de bolsillo que publicó el constructor de pianos Fernandez, haciendo oír los ocho sonidos de nuestra escala diatónica, y destinado á facilitar á los aficionados el modo de afinar sus pianos. Mas tarde dieron á los armadores de los niños la forma de un paralelogramo, y tambien de una especie de flauta ó clarinete. Tal es el origen de los órganos sin cables llamados *espresivos*.

Sustituyendo al soplo de la boca el de un fuelle, y disponiendo encima del depósito de aire una ó dos series de válvulas en guisa de teclados, se inventó en primer lugar el instrumento armonioso tan conocido con el nombre de *Acordéon*, muy adecuado para acompañar la voz, pero que muy pocas personas saben tocar de modo á ejecutar dificultades sin fastidiar á los ojos inteligentes. Dando al instrumento con mayores dimensiones la forma de un pequeño piano ó organillo, con teclado regular de cuatro á cinco octavas y fuelle doble dispuesto á moverse cómodamente con los pies, resultó en fin lo que en el dia se llama *órgano espresivo*, gozando de las preciosas ventajas de poder debilitar y sinfonizar los sonidos, de no desafinarse nunca, y de poder sustituir bajo una forma portátil muy reducida un órgano verdadero bastante voluminoso, como se puede ver efectivamente en varias iglesias, tales v. g. como en la capilla del Buen Retiro, en la de Villavieja de Odón, tres leguas de esta corte. Los mas pequeños de dichos instrumentos, tales como los ejecuta á precios muy equitativos el hábil constructor de pianos D. Guillermo Weis en los Basiles de la calle del Boscaño, tienen cinco octavas, limitado en lo alto flauta ó oboe, y en los bajos el fagot ó violonchelo. Pero los órganos mayores provistos de tres, ocho ó hasta doce registros, pueden imitar por su combinacion casi todos los demás instrumentos de viento, y en esta disposicion se

llama tambien *harmonium* este instrumento, que conlitye por su union con un buen piano una deliciosa orquesta, la cual no exige mas que dos músicos; pero tambien se puede identificar en uno solo. En la última exposicion de productos industriales hemos tenido ocasion de ver un precioso modelo construido en Barcelona, que ofrecia la union de ambos instrumentos, verdadero piano organizado, pudiéndose tocar simultánea ó aisladamente; y en varias casas ricas de esta corte hay preciosos instrumentos de la misma clase. Por desgracia son demasiado costosos para estar al alcance de muchos músicos y aficionados. El primer instrumento de esta clase fué enviado de Viena al Real palacio de S. M. hará unos 25 años; pero desde aquella época se perfeccionaron considerablemente. En la ciudad Barica de pianos y órganos del señor Weis se ejecuta y se manifiesta tambien un mecanismo sumamente ingenioso, á favor del cual cualquiera persona que sepa leer, aunque ignorante en música, consigue tocar regularmente en el órgano espresivo todas las piezas de canto llano que componen el servicio divino; de modo que se puede en algun modo comprar juntamente y á un precio moderado (4 á 5,000 reales) organista y órgano! Una de las principales ventajas de los órganos espresivos es su reducido volumen, comparado con el de un órgano propiamente dicho de efectos equivalentes. Se comprenderá fácilmente la razon de este fenómeno, sabiendo que la lengüeta mas baja no tiene tres pulgadas de largo, y hace sin embargo oír por su vibracion el último do del violonchelo, que en un órgano verdadero necesita una flauta ó caño de casi ocho pies tapado, ó bien de 16 pies abierto.

Otros varios instrumentos hay, cuyos sonidos, aunque bastante semejantes á los del órgano, se engendran sin embargo por un mecanismo del todo diferente. Tales son principalmente las diversas clases de *harmónicas*, bajo cuya denominacion se confunden vulgarmente muchos instrumentos distintos. En el origen se daba este nombre á un conjunto de vasos ó copas de vidrio ó cristal, afinados por medio del agua, y cuyos sonidos se producian frotando sus orillas, sea con los dedos mojados, sea con un arco de violín. Esto es precisamente lo que se llama vulgarmente un *órgano de vasos*, que se oyó aun tocar pocos años hace en las plazas públicas y en los cafés de París y otras capitales. El célebre fisico Franklin perfeccionó este instrumento, ensartando una serie de campanas de vidrio en un eje horizontal movible mediante una rueda, y en esta disposicion se llama *harmónica digital de Franklin*, instrumento adecuado solo para música lenta, cuyos sonidos son muy penetrantes para los oídos de ciertas personas, y que se toca aun en los espectáculos lugubres de fantasmasgoria.

Además de esta clase de harmónica hay otros instrumentos de este nombre, cuyo cuerpo sonoro, en lugar de ser de vidrio, es de metal. Tales son las láminas ó lengüetas de latón, origen del órgano espresivo de que acabamos de tratar. Pero aun hay otro harmónica metálico menos conocido, que consiste en una serie circular de varitas de acero y de latón plantadas en una tabla, que se frota, sea con un arco de violín, sea con una rueda ó arco circular. En Nuremberg de Alemania se ejecutan pequeños instrumentos de esta clase de dos á tres octavas que se pueden llevar en el bolsillo, y que se llaman *harmónicas de acero*. Producen generalmente poco efecto, sirviendo únicamente para ejecutar melodías sencillas, á menos de fijar el instrumento en una mesa y tocarle con ambas manos y dos arcos de violín, y en este caso tienen hasta tres octavas. Pero tambien hay harmónicas metálicas de la estension de cinco octavas y dimension de un piano regular, pudiéndose ejecutar en ellos todo lo que se quiere mediante un teclado y una rueda movible con el pie. De esta clase debia ser el hermoso instrumento llamado *Polyplectron* de M. Diez, que se manifestó en París y que mencionaron los periódicos del año 1850. Tales debian ser tambien probablemente los admirables instrumentos de M. Chladni, llamados *enfantino* y *clavicilandro*, que este célebre fisico, conocido por sus descubrimientos acústicos, enseñó durante algunas años en París, pero sin descubrir su mecanismo interior.

Parece raro el que un instrumento de cuerda sea capaz de producir los efectos del órgano. Ese resultado sin embargo se demostró mediante un instrumento de música muy singular, que tuvo ocasion de ver manifestar al público de París hace cerca de 45 años con el nombre de *arquitrino* ó *orfeon*. Por su forma y dimension se parecia á un piano regular con teclado de cinco octavas; pero en vez de cuerdas metálicas tenia cuerdas de tripa como el arpa, que se frotaban á favor de una especie de cuerda ó cinta sin fin movida horizontalmente por una rueda. Las voces eran susceptibles de espression, haciendo en la melodía violín ó violonchelo, pero en la armonía sostenida, las flautas de madera de un órgano. Este ingenioso instrumento se abandonó por el fastidio de su afinacion que era necesario repetir todos los dias.

Concluiré este artículo, ya bastante largo, con algunos pormenores sobre un instrumento particular bien conocido en su estado de sencillez, cuyas voces no son sostenidas, y por consiguiente nada tienen comun con el órgano, pero nunca se desafinan. ¡Quién no ha oido á veces los sonidos agradables de un conjunto de láminas de cristal á

vidrio, sostenidas en una caja por dos cintas, y que se tocan con dos mazas ó martillos de madera ó de corcho. A la verdad, bajo esta forma el instrumento ofrece pocos recursos de ejecución para los músicos, á menos de haber adquirido la destreza extraordinaria que nos manifestó á veces en su *xylocordia* el hábil profesor de música Mollberg. Pero en Francia y en Alemania se construyen estas maquinillas bajo los mismos principios que un piano, con mazas, apagadores y teclado, desde dos hasta cinco octavas, y en esta disposición se les dá comunmente el nombre ridiculo de *glasso da*, que significa cuerda de vidrio. Los sonidos son muy semejantes á los que producen los muelles de relojes ó varillas de acero en forma de peines que constituyen el principal mecanismo de aquellas lindas cajas de música que en Ginebra se fabrican desde el tamaño de una peseta hasta el de un reloj de mesa, ó de un estuche bastante estrepitoso para sustituir una pequeña orquesta de baile.

Por muy justo que sea el tributo de admiración que se concede á un relojito con música del tamaño de una peseta, lo merecen mas aun algunas otras producciones mecánicas y musicales de los artistas ginebrinos. Tal es, entre otras, la preciosa cajita de oro de donde sale un lindo pajarillo cantando y ejecutando todos sus movimientos naturales, la cual se halló entre las joyas de S. M. Fernando VII, de los señores Infantes y de otras varias personas principales. El pajarillo de este lindo juguete (que tambien se construye en forma de autojeto de teatro) imita perfectamente el canto de un canario: pero siendo demasiado pequeña la cajita para contener un juego regular de organito, el artista se ha valido de otro mecanismo no menos ingenioso para faltar un efecto equivalente, á favor de una sola flautilla cilíndrica recibiendo el viento de un fuellecito por su embocadura, y por el otro extremo un émbolo que sube y baja en su interior. Podemos producir un efecto semejante tocando un flacholá abierta é introduciendo el dedo en la abertura opuesta, consiguiéndose por este medio imitar el canto de varios pájaros.

JUAN MEG.

## A BELLA.

Si necesitas una flor para adornarte, te ofrecería el amor que has hecho nacer en mi alma; para tu corona nupcial, solo puedo ofrecerte una lágrima.

I.

### SU MANTILLA.

Me gusta mucho vagar por las calles de la capital los dias de fiesta, cuando las muchachas bonitas van á misa con sus trajes de mañana y sus mantillas españolas.

Porque de todos los adornos que se han inventado, incluso la hoja de parra de mis abuelos y el sombrero de copa nuestro, la mantilla es el mas bonito.

Si yo fuera mujer, la llevaria siempre.

Y tendria los ojos negros, que son de entre los ojos los que mas valen.

Sin que por eso dejen de gustarme los azules, los pardos, los verdes y los que no se sabe de qué color son.

Con perdón de Lamartine, que solo ama heroínas de ojos de cielo.

Y á propósito de Lamartine, ¿creerán Vds. qué ha habido un compatriota suyo que ha puesto en duda el talento del primer poeta de la Francia?

Pues le ha habido; un señor muy dueño de contentar y muy dado á la pandilla.

Este señor se llama Gustavo Planche.

Y debo ser hombre de poco gusto...

Peró qué bonita estabas ayer, niña, con tu mantilla negra de grandes franjas de terciopelo y tu vestido con volantes morados!

Parecias una sonna de la primavera á pesar de lo oscuro y lúnebre de tu traje, y mas de una flor morada como tú se hubiera cambiado por ti.

Y yo sin ser flor, lo hubiera hecho con mucho gusto.

Porque eres una mujer adorable.

Y que me has hecho sonar contigo muchas veces.

Porque tu cara pálida y morena hace resaltar tus ojos negros y rasgados.

Y tu mantilla no tiene precio.

Como no le tienen el arte con que te la pones, y la gracia con que la llevas.

Por eso el otro dia cuando te encontré en la calle al decir á las mujeres que pasaban á tu lado que no eras bonita, lo cual me probó que debías valer mas que todas ellas, puesto que no les gustabas, y que te sucedía lo que á mi poeta querido, del que te acabo de hablar.

Los hombres en pago te encontraban lindísima, y me alegré de que así fuera, porque los hombres tenemos mejor gusto que las mujeres.

El gusto dicen que se perfecciona educándose: yo debo haber educado muy bien el mio, porque tú me gustas mucho.

Cuando te sonries me encantas, se pliegan tus lábios con una coquetería tan de buen tono y tan fina, que hasta tus coqueterías me hacen gracia.

Me la hacen en general todas las mujeres que saben coquetear, porque no todas saben; y lejos de renegar del coquetismo, te deseo en las mujeres como tú; odio sin embargo mas que á una suegra y á un dolor de muelas el que sale de los justos límites.

Porque la coquetería sin coquetería es cualquier cosa, lo cual prueba que se necesitan muchas mas cosas para ser coqueta que para no serlo.

En primer lugar, gracia; no se concibe lo uno sin lo otro.

Después buen tono, porque las mujeres desgarradas no parecen mujeres, sino etc.

Además es indispensable ser bonita: una mujer fea que hace coqueterías se parece á mí si me pusiera tu mantilla.

Y puesto que á mi pluma ha venido ese nombre, quiero volverte á decir que te adoro con la mantilla de casco, porque es la aureola que mas gracia te hace.

Es indispensable además no saber que se coquetea, pero no ignorar del todo que se va á coquetear: me explicaré, porque esto parece una contradicción y no lo es.

Debe saber la mujer que ha de coquetear lo que va á hacer, pero no debe llevar estudiadas al espejo las coqueterías.

Niña! á los que te digan que las mujeres no han de ser coquetas (de las que te he dicho), desles calabazas y riete de ellos.

Porque esos hombres no merecen que los miren. No se han parado á estudiar la naturaleza, madre de la poesía y del gusto, y por eso te dirigen esa frase fria y seca como un académico. Las flores coquetean vertiendo á la brisa sus perfumes, abriendo sus cálizos esmaltados á las mariposas, entregando su miel á las abejas, y guardando en sus pétalos un beso del sol, un rayo de su luz para que parezca una sonrisa del cielo.

El cielo, niña, es el gran modelo de coquetismo; se despeja, y su superficie azulada hace un efecto grato, tiñe sus nubes de variados colores, se nubla, y vierte gotitas de rocío como perlas, que van á caer en las flores predilectas, que van á esmaltar la pradera de variados colores, que hacen circulos en los arroyos y que empañan las alas de la brisa y del céfiro.

El céfiro, y la brisa su hermana, son tambien muy coquetones, juegan entre los pliegues de tu mantilla, se llevan el perfume de tus cabellos, besan sin que tú lo notes tus labios de grana, y te murmuran al oído sonidos vagos é inarticulados, pero que te hacen sonreír.

Si, niña, créeme; todo respira coquetería, porque la coquetería es la gracia; es la *sal* como se llama en mi país, en mi España querida, los arroyos, las aves, la tierra, el aire, todo, todo lo que te rodea, incluso las blondas negras de tu mantilla de casco.

Una mujer muy seca no podria ser coqueta, y por consiguiente seria fea.

Y las feas no son mujeres.

Y no siendo mujeres, no se pueden poner tu mantilla que es el *non plus ultra* de la gracia y de la coquetería.

Tambien te he visto, niña, con el prosaico sombrero francés, y no valia lo que tus cejas.

Si fueras francesa, me gustarias mas con capota.

Porque tendrias la cara redonda, los cabellos rubios centecientos, y los ojos azules ó muy claros.

Peró cómo has nacido con ojos negros, tienes que llevar mantilla negra.

Y como la mantilla es tu adorno mas bonito, y tú eres la mas bonita de las mujeres, me gustas mas con ella que con capota.

Aunque la capota sea obra de la Peral, ó una obra maestra de la Bernés.

O te la hayan traído directamente de París del *magasin de Valerie*.

Muchas veces te he admirado y te he contemplado con el cabello adornado de flores y de cintas, vestida de baile, y no me has gustado tanto como la tarde que te digo; á pesar de que aquellas noches estabas colorada como las rosas de los jardines de Alejandria, y me he roído del dicho de que á las mujeres les hace mas gracia la luz artificial.

Cuando te miré, vi que está frase era obra de los franceses, porque sus lindas bellezas no pueden resistir la luz del sol.

Peró vosotras, compatriotas mías, y tú sobre todo, niña, eres como las flores, al sol es donde se debe mirarte; necesitas el sol para lucir tus encantos, porque eres de mis flores queridas la mas querida.

Tu recuerdo embalsama mi vida; las ilusiones que haces nacer en mí, embellecen mi existencia; la esperanza con su vívido fulgor alum-

las más látricas y solitarias vigillas cuando pienso en tus hechizos.

¿Crees tú, niña, que podrá borrarse de mi alma el recuerdo que de ti ha trazado en ella mi mente con mano segura y firme?

No, encanto de mi vida, dulce amor de mis amores, á pesar de la triste frase que me ha inspirado estas líneas, mi alma vivirá unida á tu recuerdo, como el eco se une á la voz que le despierta, como dos gotas de agua se unen y no se puede volver á separarlas, sin que una se lleve parte de la otra.

Ah! vida mía, síllide de la mantilla negra! acuérdate en los azares de tu vida del pobre poeta que te ha cantado.

II.

SE CASA.

Nacia una mañana de primavera.

Como la hermosa en que te vi, niña, envuelta en los negros encajes de tu negra mantilla entre cuyos pliegues se quedó mi alma.

Estaba silencioso y sombrío acabando un canto de amor para tí, cuando vino el primer rayo de sol de la primavera á iluminar el papel sobre el que imprimía mis lágrimas y mis amores.



(Mirabeau.)

En aquel rayo de sol venia envuelto un alma; era el mas poético de todos, el misterioso Trilby que posó sus alas de moaré junto á mi pluma.

Después de arrullar mi fantasía con el dulce ruido de sus hábitos y el perfume de las flores que había hallado al paso, vertió una lágrima sobre el papel en que estaban impresas mis inspiraciones, ¡niña mía!

¡Ah, una lágrima del duende que consuela á los enamorados! alguna fatídica nueva venia á anunciarme.

Mi pobre pluma quedó inmóvil sobre el papel; mi mano trémula y vacilante no acertaba ni aun á trazar líneas que cantaran tus perfecciones, ni aun á escribir tu dulce y poético nombre.

Mis ojos no veían al benéfico mensajero que había querido desvanecer mi ilusión antes de que una realidad sombría y fatídica lo nublara.

Horrible noticia!

¡Vas á dejar solo para siempre al que ha cantado tus encantos!

Niña virza, de esbelto tallo, de ojos negros y serenos, de labios encendidos y voluptuosos, de andar aristocrático y encantador.

¿Qué nombre he de enseñar á las auras á pronunciar, si no tengo ni aun la esperanza de que pudiera fatigarte con el tuyo?

Si tu imagen se ha desvanecido para siempre de mi lado, ¿á quién he de pedir la savia de la inspiración que alimentaba mi fantasía?

Morena de mis ojos, ¿en quién los fijaré ahora que puedan competir contigo y que no me dejen un vacío en el alma al hacer la comparación?

Pero los decretos del destino son inapelables. Si no olvido completo, al menos un bálsamo de resignación, me enviará el duende que tanto me amó para que tu pérdida no seque mi corazón.

Él me ha dicho que guarde en mi alma tu imagen, aquella imagen que vi el día famoso de que te he hablado, cuando ibas pálida y voluptuosa con tu mantilla negra.

Ese recuerdo será mi vida, niña mía,

Y cuando mi alma suspire por un bien que le arrebataron, miraré en mi corazón y me consolaré al ver en él tu imagen hechicera.

¡Tú, niña mía, sé feliz!

AGUSTIN BONNAT.

Abril 1855.

## LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL.

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO VIII.

(Continuación.)

La situación era cada vez más apremiante y desesperada. La astucia del almirante habíase agitado en estériles tratos y miserables tentativas de disimulo y acomodamiento; la comunidad infatigable recibía frecuentes y considerables reñuzos, y á poco no le quedaria una almena ni una lanza al imperial pendon. Ya los capitanes de los pueblos hablaban en alta voz de irse sobre el asilo del almirante, y acabar con un buen golpe de mano la temeridad de una docena de necios y traidores, mas hábiles para arrastrarse por las antecámaras del cardenal que para dar señal de sí mismos en el campo de los valientes.

Bien lo comprendió el almirante; y por eso le hemos oído tan falto de ánimo como sobrado de apesaramiento en su plática con el padre definidor. Y por eso tambien buscaba el ceñudo viejo un recurso supremo, punto menos de prodigioso, que de tan estremado azar le sacase, aunque hubiera de esparrar la mitad de su caudalosa fortuna. Así pues le vimos arrojar en el insosdable abismo de las monásticas frices un nuevo eluvion de mercedes, para excitar la imaginativa del reverendo provincial con el cebo de la mundana riqueza. Porque D. Fadrique era hombre que marchaba directamente á su objeto, sin curarse de nada mas y á todo costa y costa. Entregado en cuerpo y alma al mas acerbo fanatismo, era uno de aquellos hombres de tinieblas y terror, que veían en el hacha del sayon y en las hogueras de Torquemada los únicos fundamentos sólidos del cristianismo; y de aquellos que en la fundacion de un convento veían el fácil lavacro de grandes deslucos de un señorío sangriento y violador. Consideraba este sombrío magnate al cardenal como el oráculo del catolicismo, y arrojóse al impulso de esta preocupacion en brazos de la causa cesárea, simbolizada en el flamenco ministro, que por su parte no descuidó hacerse con el potente apoyo y cuantioso valor del almirante de Castilla.

Ya hemos hecho ver á nuestros lectores cómo y por qué el sñoro y adyto D. Fadrique contrajo matrimonio con la bella y jóven heredera de Mérida. Pero lo que no saben aun es que el esposo no amaba á la esposa; comprendiendo sin dadas que la temprana edad no habia nacido para servir de adorno á un noble carecomido y solitario. El almirante no consideró su matrimonio mas que como una negociacion de interés político; la condesa como un elemento de venganza y de terrible efecto. En lo demás, tan divorciadas estaban sus almas como sus cuerpos. El esposo no habla osado desatár á la esposa el encantador mágico de la fábula. La virgen no habia llegado al lecho de bendición. Un sentimiento misterioso, un instinto indefinible, sombrío entre ellos, el retraimiento, después las indiferencias, por último la mitua y consentida soledad.

Nada adivinó el vulgo de tan intrincadas puridades, y vela en su almirante uno de los mortales mas felices y colmados. Así piensa siempre de los poderosos la pobre imaginacion humana!...

La condesa, por su parte, sabía vestir su situacion con el velo de una profundísima y resiguada piedad cristiana; y cuanto se aislaba de su esposo, aprendíaba acercarse á Dios. Logró con tan hábil demostracion que su frialdad se confundiese con la virtud, y su rara intimi-

dad fuese interpretada por abstracción de las cosas terrenales y pedregosas. Se pensó en fin que la devota princesa se desharía de la criatura, para elevarse al creador.

Pero en el alma poderosa de esta mujer rugió el huracán violento y desolador. Encerrábase horas enteras en su oratorio para dar vado á tempestuosas amarguras. Y en aquel sagrado retiro sonaban más gemidos que plegarias, más juramentos de venganza que oraciones de caridad.

Comprendía que solo el antemural de la religión podía detener la mirada inquisitorial de los cortesanos; y á su sombra meditó, durante muchos días de lágrimas y estrago, el plan atrevido y fiero de su desagravio y de su diabólica inspiración.

Era llegado el momento; y mujeres de tanto temple no retroceden jamás.

### CAPÍTULO IX.

#### EL CASTELLANO DE TORDEHUMOS.

La tempestad que, tiempo hace, rugía sordamente sobre el horizonte de Castilla, estalló por fin, y sus fatídicos aráogos convirtieronse de pronto en desastrosas realidades. El alcalde Ronquillo hizo armas contra Segovia, y D. Antonio Fonseca convirtió con sus sicarios á Medina en una nueva y desventurada Troya. Los amigos indiscretos hacen más daño que los enemigos conocidos. Esto sucedió puntualmente en tal tragedia. El incendiario de Medina y el verdugo de Salamanca robaron al emperador más voluntades y llevaron más espadas á los comuneros que todas las saudades flamencas y todas las bizarrías españolas. El estallido de los arcabuzos del juez y las llamas de las españolas. El campamento de los capitanes fueron el rebato y el peñón que levantaron á España toda contra un monarca servido por sayones y bárbaros, que, como dijo la desolada villa en sus lamentos, mostraron más desacato á Dios que los godos sin fé y sin razón, porque eran bárbaros gente, en la destrucción de Roma. Tremendo y generoso grito de espanto y de venganza retumbó por toda la Península al saber tamaña catástrofe. Toledo lanzó sus tercios de segunda á los campos de batalla; Madrid hizo sonar el rebato á campana y limbal; Salamanca levantó el guante de la guerra, y en todas partes á la vez se puso el enfundado puño al filo de la fuerza.

D. Pedro Giron veía llegar el rompimiento con todas las ansias de un corazón bizarro y humo. En la juventud predominan por lo general los arranques generosos del alma sobre los cálculos del egoísmo y las cabalas de la premeditación. En esa edad inoculada, cuando se contempla al mundo al través de un prisma dorado y fascinador; cuando se cree á los hombres, no como son, sino cual debieran ser; cuando la existencia se desliza arrullada en un espejo de poesía y vaga sublimidad... en esa época hechizada de la vida, repetimos, los pensamientos son altos y fecundos, el pecho respira el entusiasmo de la virtud, las pasiones nobles alzan su vuelo majestuoso y varonil, y se mira con repugnancia y con desprecio todo lo que no lleve el aroma del bien, de la bondad y de la grandeza. No hay idea elevada que no arrojue aplauso, ni desgracia que deje de inspirarnos simpatías, ni buena causa que se halla sin nuestro corazón. Y fuerte la conciencia consigo misma, condena el poder de los inferos, desafía el fúer de los tiranos, y ve en el riesgo el heroísmo, y en el martirio la inmortalidad. D. Pedro Giron era joven y de alma superior. En esto se dio todo. Herida su dignidad con la humillación de España por los estranjeros; sublevado su sentimiento por los desafueros del gobierno contra la igualdad y el honor, y arrastrado por su conciencia y carácter á dar frente á la tiranía, y á intentar la reivindicación de los hollados fueros, tuvo la gloriosa audacia de alzar el primero su voz al César, con la verdad amarga y peligrosa que acaso nunca más resonó en los oídos del hastiado nieto de Doña Isabel la Católica. Indignado mayormente el entusiasta prócer de la estúpida indiferencia del príncipe alienado á los clamores y desventuras del reino, y de las demerencias que su inconsiderada ausencia produciendo estaba, por el mal talento y menguado seso de los consejeros y gobernadores, hálle aquí en medio de Castilla, con su bandera alzada y el pabulque abierto, á guisa de fuerte y aguerrido paladín.

La corte flamenga que al golpe conoció el peso que la espada de Giron arrojaba sobre la balanza política en favor de la comunidad, le hizo predilecto blanco de sus odios, y procuró rodearle de amargura y desaliento, para debilitar su ánimo y socavar su poderío. Hizo pues que el emperador le negase justicia en la contienda con la casa de Guzmán arcebispo del ducado de Medina Sidonia, que D. Pedro titulaba, por razones que no hay provecho en relatar. Y aparte de este agravio al caballero, también le hirió en sus pasiones como hombre, arrancándole de entre las manos con una intriga estúpida la suspirada posesión de Doña Ana de Mérida, por quien ardía en vehemencia y bien enojados amores. Con la circunstancia doble de que en ello empujaron á la par impidió la unión de las dos poderosas casas de Giron

y Cabrera, que hubiese dado al D. Pedro grande acrecentamiento y mayor entidad en señorío y grandeza.

En nada tuvo el apasionado jóven los males de su fortuna material por las cabalas tudescas. Hirible, sí, en lo más hondo de su alma incomprendible pérdida del idolo de sus ilusiones, del símbolo adorado de su felicidad, del sueño dulcísimo de su juventud. Y aun cuando no alcanzaba los pormenores misteriosos de tan acerba mudanza, porque los factores de ella curaron de cerrarle las vías de esclarecimiento, comprendía que solamente los enemigos de su causa eran á quienes debiera tan cobarde y miserable desquite. En los primeros instantes estuvo á punto de perder el seso. Culpaba de ingrata y fementida á la hermosa que así burlaba sus amorosas ansias; mil y mil veces maldijo el instante fatal en que latió por ella su corazón, y quisiera, en el paroxismo de su enojo, arrancárselo del pecho, para pisar la imagen esculpida en él con los abrasadores perfides del varón, con los matices deslumbrantes de la ilusión. La reacción, no obstante, de su apasionado sentimiento vino después en pró de la jóven, y se la presentó á la imaginación del amante, conturbada y fácil como todas para engañarse á sí mismo como víctima de algun influjo irresistible, como prenda sacrificada á cabalas de familia ó á intereses de conveniencia. Entonces revolvióse en su furia contra el conde su padre, contra el almirante su esposo, contra quien quiera hubiese tenido parte ó parte en aquella su inesperada desventura. Y ya quería vengar á la venganza en campo público y singular; ya marchar sobre ellos con sus vasallos y valedores, arancarles las tierras, y pasar á cuchillo sus deudos y tributarios; ya, en fin, acumulaba en su fantasía todas las borrascas de los cielos y de la desesperación. Pero se acordaba de una mujer débil y de dos viejos menguados. Esta empresa era indigna de la espada de un hidalgo de Castilla.

Los desabrimientos del reino, en que tanta parte aceptaba y sostenía, distrayendo á grandes intereses su atención, le dieron espacio para calmar aquellos impetus con la reflexion y el exámen. No pudiendo á pesar de sus intentos apurar el misterio, comprendió que el tiempo había de traerle la clave de su enmarañada confusión. Resolvió pues á dominar su huro, y á esperar el suceso de las cosas, que para él ya no podían ir á peor trance. Y consagróse alma y vida á la causa del país y de la ley. Con tanto ardor como acierto dedicábase á la organización de las tropas de la comunidad en su apóstrofo militar de Tordehumos, cuando una mañana le anunció su favorito Elvir á cierto escudero de la poderosa é ilustre casa de Enriquez. El primer movimiento del escudero, al escuchar tan inesperado mensaje, fué mandar culgar al mensajero de una almena. Y aun se dice que pronunció sobre él algunas palabras, que el cronista afortunadamente no llegó á comprender. Su buen instinto contuvo el arranque español del resentimiento; pero no fué bastante para que dejase de responder:—Que levanten el rastrillo, y vuélvase el menguado con la gracia de la vida, por primera y última merced.

—Si se alza el rastrillo, repuso el paje con desembarazado gracejo, no podrá llevarse á punto vuestra determinada voluntad.

—¿Está el hielco dentro de la villa?

—Justo y puntual. Y el adolescente miraba al prócer con cierta expresión de cándida travessura!

—¿Y quién ha sido el infeliz que ha podido osar?... Y los convulsos labios del duque no pudieron terminar el irracional apostrofe.

Pero Elvir, que traía prevista la escena, revistose de humillísimo balante, y repuso con cierto aire de melicidiosa confianza:

—Por mi culpa... por mi máxima é incommensurable culpa!

Estas palabras fueron como el dique que contiene el torrente, como el balismo que calma el delirio, como el viento que desvanece la tempestad. Quedóse suspenso D. Pedro; y luego, pasando del enojo á la sorpresa con rápida transición, repuso:

—Has perdido el seso, Elvir, ó Dios dejó el mio de su mano.

—Ni lo uno, ni lo otro. Jamás he estado más cuerdo ni atinado, ó yo entiendo muy poco de lo que atañe á vuestro bien.

—Te agrada decir la intención; pero no quiero ver ni oír á ese maldito, ni nada que provenga de su necio señor.

—Me doy el mas edificante parabien. Soy un mozo de grandes esperanzas... y de un estipendio magín!

—Eres un niño sin juicio ni formalidad.

—Es claro como la luz. No queréis nada del señor... Que me place! Pero como en el alzar del almirantazgo hay tambien...

—¿Cómo?... exclamó el duque con un acento del alma rápido y vibrante.

—Pero, pues lo queréis, tóruese el escudero á la condesa... y cada uno quede en su lugar.

—La condesa! ¿Qué?... ¿Has dicho la condesa?...

—Nada, nada. Afuera el rodrigo!

—¿Su nombre?...

—El borrado y celeberrimo Bejarado de Mendaya, escude o in capo y tartulano in pefores de la muy vüstre...

— ¡Oh!... Elayo, el confidente de... Y D. Pedro se detuvo; y Elvir le concluyó la frase con donosa franqueza.

— De la señora Doña Ana de Cabrera, condesa de Mógica, y otras cosas más.

(Continuará.)

## EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERANDO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales,

### ARTÍCULO CUARTO.

(Conclusion.)

Que los poetas provenzales fuesen galantes, obsequiosos, cumplidos caballeros para con las damas—en la forma se entiende—como lo eran á la sazón todos los poetas y no poetas de Europa; que celebrasen el amor á la mujer en el arte cristiano que la había santificado y elevado á tan grande altura y en una edad como la edad media, la gloriosa edad de la caballería y en un país como el de Provenza, en que hay códigos y leyes de amor y cortes de amor y certámenes poéticos de amor y juego de amor y se bate *al amor*, como años pasados se hacen todo á la *polka*, esto de por sí nada tiene de particular, y creemos de buena fé no sea necesario acudir para explicarlo á las cortes de Bagdad ni de Córdoba. Que se hallase entre la multitud de poetas que á manera de nubes de locuetas se esticaban por toda la superficie del territorio provenzal durante tres siglos, alguno que otro Tirteo que cantase la gloria de los combates en que tomaban parte como el conde Guillermo IX, Bertrand de Born y Rambaldo de Vaqueiras, esto no prueba ni que todos fuesen esforzados Tirteos, ni que todos celebrasen las ingratas tareas de Marte. Hay sí cantores guerreros en Provenza; pero Dios nos tenga en su santa guarda para no cometer tan grande iniquidad que la de decir que estos valientes vates eran trovadores. No: que eran poetas populares, eran juglares. Y no es razón que por sabida se explique la diferencia. Que en Provenza en fin haya habido quien al aspecto de tan risueña y encantadora naturaleza haya sentido su corazón abrirse expansivo á la alegría, y hayan cantado y enalzado las gracias y atractivos de la que cual dama bella y galana le mira, le halaga y sonríe, esto tampoco nada de raro, nada de extravagante lleva consigo. Porque la naturaleza, madre á la vez que dama tierna y cariñosa, parece decirle, como esa madre de que nos habla Virgilio en sus Eglógas:

*Incipe, parve puor, risu cognoscere matrem.*

Y porque ha dicho con gracia y oportunidad un poeta francés

*¡A tous les cœurs bien nés que la nature est chère!*

Lo que pasa pues en Provenza en los siglos XI, XII y XIII, nada, absolutamente nada tiene que ver ni con la Arabia, ni con la Meca, ni con el profeta Mahoma y su tío Abú-Taleb, ni con el Moro Muzaben-Naser y su lugar-teniente Taric, ni con los califas de Córdoba y los reyes de Sevilla, Valencia y Toledo y los walies de Zaragoza, Huesca, Murcia, Málaga, etc.; etc.; ni con los Ommades, Abasidas, Almorávides y Almohades; ni con el reino granadino y el rey chico; ni finalmente nada tiene que ver tampoco con el analista Albuféda, el inglés Sale, D. Antonio Cande y D. Pascual Gayangos, que han tratado de materias árabigas. Veámoslo en efecto, y con auencia de nuestros lectores, permitámonos una ligera escursión á España para visitar un imperio y una literatura sobremanera florecientes, el imperio y literatura de los árabes españoles.

Mientras que en los siglos VIII, IX y X duermen en el pesado suelo de la nada los poetas provenzales, y no piensan como muy vulgarmente se ha dicho en venir á España á visitar las brillantes cortes de los califas españoles, para estudiar la literatura árabe, inspirarse de ella, tomar su fondo y forma, y marcharse después á su tierra llevándoseela consigo, para cultivarla y esbendarla allí y pasar por originales; mientras que tal cosa no pueden aun verificar, nacer, crecer y desarrollarse en estos siglos esa literatura árabe tan arqueológicamente codificada por ajenos poetas. De qué modo y por qué causas se forma dicha literatura en la parte meridional de nuestro suelo, y ajena completamente á lo que en las demás partes de este suelo pasa, es cosa que no nos incumbe manifestar, puesto que hacemos en este momento el oficio de críticos, no el de historiadores. Lo cierto, lo incuestionable es que esta literatura se forma y tiene todas las condiciones de tal; y se forma como no se forma ninguna de las literaturas de Europa, por una protección constante, eficaz, inmensa, á todos cuantos cultivan las letras,

Un rey imbécil, un conde gobernador de una frontera y traidor, y mas que todo una malhadada serie de deplorable circunstancias que no hay para qué narrar, habían entregado á principios del siglo VIII al poder de los sectarios de Mahoma á una nación corrompida, enervada, pobre de valor y rica de disensiones intestinas. Era don Rodrigo el rey imbécil, era don Julian el conde traidor, y era en fin España la desventurada nación entregada.

Verificado el cambio de yugo por el bizarro Taric, continuaba aquella parte de nuestro suelo que había pasado á ajenas manos, dividida, fraccionada como antes, triste presa de crueles, de sangrientas guerras entre los mismos que se repartieron sus despojos. Eran estos guerreros que disputaban por un cadáver, los gobernadores puestos por los reyes de África. Y quizás el cadáver sobre el cual á manera de cuervos saciaban su voraz sed de riqueza y mando, galvanizado, reanimado al soplo vivificador de los pujantes guerreros que combatían por nuestra independencia en las breñas de Asturias, se hubiese alzado de la tierra y esterminado á su vez á las aves hambrientas que en él se saciaban, si una mano fuerte, robusta, poderosa, asíéndole de repente no le hubiese postrado de nuevo. Era esta mano la del valiente emir Abd-el-Rahman, último vástago de la dinastía de los Ommiades de Oriente, y única de las 90 víctimas que pudo sustraerse al degüello verificado en Damasco por el *seppuku* Alhoul-Albas con los ilustres descendientes de Moavia. Era el año 736, cuando el emir Abd-el-Rahman fijó en el suelo de Andalucía su segura planta. Girando el esclarecido guerrero su comprensiva mirada en torno á sí, pronto descubre dislocados y dispersos los pedruzcos del poder musulmán en España, y asíéndolos todos con brazo vigoroso y uniéndolos y asociéndolos, los lleva á Córdoba y planta sobre ellos, mas seguro que nunca, el estandarte del profeta.

Ya no es Abd-el-Rahman un oscuro guerrero, un emir proscribo: es un califa tan poderoso como los de Bagdad y Damasco. Ya es estendiendo su imperio y ondeando sus banderas triunfantes sobre las tres cuartas partes de nuestro suelo. Ya se divisan desde lo alto de las montañas asturianas, único y supremo refugio de vencidos españoles, sus fuertes alcázaros y elevadas simenas. Ya queda yaciendo de nuevo en tierra el cadáver que parecía haber cobrado nueva vida y ha de quedar en ese estado durante tres siglos aun. Hé aquí pues al emir árabe fundando á la par que un extenso imperio una gloriosa dinastía, la dinastía de los Beni-Omeya, que dura lo que dura la fuerza y esplendor del califato, los siglos VIII, IX y X. Que aunque se estende tambien esta dinastía hasta mediados del siglo XI, la muerte de aquel guerrero ilustre que había ganado cincuenta batallas, de aquel esclarecido ministro del imbécil Hixen II que había sostenido el ya vacilante poder del califato, de aquel en fin que mas que *hajib*, mas que ministro, había sido soberano del imperio, de Mohamed-ben-Abdillah, Almanzor, fué el último golpe, el golpe fatal dado por el destino al poder de la dinastía Beni-Omeya en el suelo español. Había acaecido esta muerte en el año 1002; y como suele acaecer la muerte de los bravos, en el campo de batalla, en la sangrienta jornada de Calatañazor, para Castilla de grata é inolvidable memoria. El siglo XI es un paréntesis en la historia del poder árabe español, como todo el siglo XVIII lo es en nuestra propia historia. ¿Qué hizo esta dinastía Beni-Omeya durante los tres gloriosos siglos del califato de Córdoba? Lo que hizo en la política, en las armas, y en otros diversos ramos, no es este lugar oportuno para manifestarlo.

Harto por desgracia, y contra toda nuestra voluntad, nos hemos alejado de nuestro primer intento. Queríamos hablar únicamente de la literatura provenzal. Pero se ha supuesto tan arbitrariamente por multitud de críticos literarios que esta literatura debe partir de su existencia á la literatura árabe, y hemos nosotros abrigado tan tenaz empeño ó quizás tan atrevida pretension como la de hacer ver lo contrario, que nos hemos visto obligados por ello á atenuar por un momento el curso de nuestras primitivas consideraciones para penetrar en otro terreno. En este pensamos continuar aun por breves instantes hasta locar el término anhelado, que es el de establecer la poca ó casi ninguna posibilidad de relaciones, de semejanzas y analogías entre ambas literaturas provenzal y árabe. Será este el objeto del siguiente artículo.

ANTONIO DE AQUINO.

## CALABAZAS A PETRA.

ROMANCE.

Al pié de tu reja vengo,  
pero no á cantarte coplas;  
solo prociendo está noche  
cantarte la palinodia.  
Un día que estaba tonto.

porque comi muchas sopas  
 (y eso que ya en los conventos  
 no nos dan la *sopa boba*),  
 ofrecí ser novio tuyo  
 y tú te hiciste mi novia.  
 Después que caí del burro  
 y he mirado bien la cosa,  
 que no es el león he visto  
 tan fiero como pregonan.  
 Tus lábios que en otro tiempo  
 comparaba con las rosas,  
 hoy me parece que tienen  
 el color de una alcachofa.  
 Si dije que tu pescuezo  
 parecía el de una tórtola,  
 fué que estaba atortolado  
 y hablaba á tontas y á locas.  
 Hoy que está clara mi vista,  
 mas defectos en ti nota  
 que en el jaco de un gitano,  
 que los tienen por arrobas.  
 Te me hacías la beata,  
 cuando si en templos te embocas,  
 es porque sabes que el diablo  
 tienta á la gente devota.  
 Me decías que eras limpia:  
 no te lo niego, pichona;  
 por eso sin duda alguna  
 limpiabas tanto mi bolsa.  
 Me jurabas que tu cara  
 era natural y propia,  
 y he sabido que sostienes  
 á un perfumista tú sola.  
 Decías que cuando llueve  
 te alzas por guardar la ropa,  
 y es para que los curiosos  
 puedan observar tus corvas.  
 Enseñar al que no sabe  
 obra es de misericordia;  
 pero enseñar pantorrillas  
 eso ya no es buena obra.  
 Afirmabas que tu madre  
 era muy seria persona,  
 y la ví haciendo mil X  
 bailar anoche la jota.  
 Por allí se murmuraba  
 que ya tenía dos monas,  
 una tú, dentro de casa,  
 y dentro del cuerpo otra.  
 Debe ser, Petra, tu génio  
 igual al de una paloma;  
 dulce serás, cuando tantos  
 se van tras de tí cual moscas.  
 Y áspera, mas que un cepillo,  
 conmigo al hablar te tornas,  
 por ver si con el ayuno  
 mi apetito se desboca:  
 Tú creíste al engañarme  
 que era algún bobo de Coria,  
 y como gato de corte  
 soy licenciado en tramoyas.  
 Conozco que si conmigo  
 andas formal y juiciosa,  
 es porque estás ya cansada  
 de reír á todas horas;  
 que si te finges la santa  
 hasta lograr hacer boda,  
 sacarás al conseguirlo  
 las piernas de las alforjas.  
 Y si contigo me caso,  
 me anuncia la frenología  
 que no habrá freno en el mundo  
 que te reprima en tus bromas.  
 En vista pues de estas causas  
 y otras y otras y otras y otras,  
 busca otro novio mas tonto,  
 que yo tengo muchas conchas.

V. MARTINEZ MULLER.

## FABULAS.

## I.

## Los Gorriones.

En un campo sembrado  
 del mas frondoso trigo  
 dieron los gorriones  
 en regalar sus picos.  
 El labrador miraba  
 su sembrado perdido,  
 y por salvar las mieses  
 esterminarlos quiso.  
 Aquí la red dispone,  
 allí lazos, el hilo  
 con la liria, la trampa,  
 y bultos movedizos.  
 Cegados en la gula  
 (que ciegos son los vicios)  
 cajan á bandadas  
 en todos los garlitos.  
 Así dió fin al cabo  
 del volador corrillo,  
 entre lazos y trampas,  
 ya muertos, ya cautivos.  
 ¡Por qué, dime, inhumano,  
 clamó el mas atrevido,  
 tu fiera saña muestras  
 tan solo con los míos?  
 ¡No comen tus gallinas  
 y los ánsares limpios  
 y las libres palomas  
 y perdices tu trigo?  
 «Las aves que tú dices,  
 me prestán sus servicios,  
 con torvo y justo ceño  
 el labrador le dijo.  
 Las unas me dan huevos,  
 las otras pichoncitos;  
 para atraer la caza  
 de la perdiz me sirvo.  
 En tí, que eres inútil,  
 la ociosidad castigo;  
 doy á los que me sirven  
 el premio merecido.»  
 Y en nuestra pobre España,  
 á cuantos cocodrilos,  
 que el pan del pueblo comen,  
 dejara yo lo mismo.

## II.

## El Escarmiento.

Al despuntar la aurora,  
 un cazador astuto  
 puso la red traidora  
 do pagan aves mil caro tributo.  
 Al reclamo llegaban  
 los gilgueros sencillos,  
 y entre lazos quedaban  
 presos los inocentes pajarillos.  
 Ni del cautivo el llanto,  
 ni el ver al que caía  
 nuevamente, ni el canto  
 del que escapaba al libre le advertía.  
 ¡Y en esto qué hay que asombre?  
 ¡Cuando vemos cogido  
 como al pájaro, al hombre  
 en las redes en que otros han caído!

CASTOR AGUILERA.

